

GIULIA QUAGGIO

LA CULTURA EN TRANSICIÓN

RECONCILIACIÓN
Y POLÍTICA CULTURAL
EN ESPAÑA, 1976-1986

ALIANZA EDITORIAL

Las fotos n.º 5, 6, 10 y 17 proceden del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte,
Archivo General de la Administración (AGA):
Fondo Medios de Comunicación Social del Estado (MCSE), signaturas:
F-00360-010-004 y F-03998-009-001;
Fondo Ministerio de Información y Turismo, signaturas:
IDD (03)052.118, caja 79357 y IDD (03)052.1118, caja 79320

Las fotos n.º 21 y 22, proceden de la
Biblioteca Nacional de España (BNE)

Las fotos n.º 8 y 23 pertenecen al
Archivo del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.
Archivo Central. Secretaría de Estado de Cultura, signaturas:
AC 90384, exp. 7 y AC 62295, exp. 2

Las fotos n.º 1, 2, 3, 4, 7, 9, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 18, 19, 20, 24, 25, 26, 27 y 28
pertenecen a la Agencia EFE

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Giulia Quaggio, 2014

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2014

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 91 393 88 88

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-8369-0

Depósito legal: M. 34.798-2013

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA
EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

ÍNDICE

LISTADO DE FOTOS.....	9
PRÓLOGO, <i>José Álvarez Junco</i>	13
INTRODUCCIÓN.....	19
1. SEÑALES DE VIDA.....	35
Mojigatería, santos y partidos de fútbol	35
Política cultural de la paradoja: Fraga y los últimos ministros de Información y Turismo.....	42
Acerca de la modernidad: el arte contemporáneo como aderezo	59
Ocio para todos	69
2. VOLVER A EMPEZAR	87
De las cenizas del Ministerio de Información y Turismo nace el Ministerio de Cultura	87
Cultura y Constitución	107
Encanto y censura, 1977-1982	112
3. CIUDADANÍA Y DEMOCRATIZACIÓN CULTURAL.....	139
¿Un nuevo entusiasmo?.....	139
Contagio popular por la cultura y UCD	150

Actualizar y revolucionar: la política cultural de la oposición a la UCD	172
Entre la euforia y el desencanto.....	190
4. EL RESCATE DEL PASADO.....	199
La política de la recuperación.....	199
Mirarse en el espejo con ojos nuevos.....	209
La obra de Miró y la Transición.....	214
Arte para gobernar de manera eficaz.....	220
Retornos.....	235
Premios, homenajes, reconocimientos.....	244
El impulso hacia la integración internacional.....	259
5. BEATERÍA ARTÍSTICA.....	265
El manifiesto «Por el cambio cultural».....	265
Javier Solana, la «sonrisa» del PSOE.....	273
Ser racionales.....	286
Mitos ilustrados para una Tercera España.....	293
Ser modernos a toda costa.....	309
Entre el Barroco y la <i>movida</i>	319
Un balance provisional sobre el Estado cultural socialista.....	329
BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES CITADAS.....	337
ÍNDICE ONOMÁSTICO.....	357

LISTADO DE FOTOS

1. Salvador Dalí en su conferencia titulada «Picasso y yo» con la que reunió a los medios de comunicación en el teatro María Guerrero. Al acto asiste Manuel Fraga Iribarne, secretario general del Instituto de Cultura Hispánica, organismo que organiza el acto. Madrid, 11 de noviembre de 1951. Foto: Efe/Hermes Pato.
2. En España se celebran los 25 Años de Paz. Madrid, 1 de abril de 1964. Foto: Efe/Luis Alonso.
3. El jurado del Premio Biblioteca Breve de novela formado por los escritores Juan García Hortelano, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Isabel Mirete, Salvador Clotas y Josep María Castellet, declaran desierta la edición de ese año hasta que se aclare la situación económica de Carlos Barral (en segunda fila) tras la muerte de Víctor Seix, socio de la editorial Seix Barral encargada de otorgar el citado premio desde su fundación en 1957. Barcelona, 3 de marzo de 1970. Foto: Efe/yv.
4. Pío Cabanillas, ministro de Información y Turismo, corta la cinta en la inauguración de la 33 edición de la Feria del Libro de Madrid. Asisten al acto Alfonso de Borbón, duque de Cádiz, y los ministros Antonio Carro, de Presidencia, y Cruz Martínez Esteruelas, de Educación y Ciencia. Madrid, 29 de mayo de 1974. Foto: Efe/jt.
5. Con motivo de la festividad de la Inmaculada Concepción, el teleclub de Sineu (Mallorca) organizó un desfile de carrozas alusivas al misterio de la Concepción Purísima de María, 8 de diciembre de 1975. Foto: AGA.
6. Teleclub en un pueblo de Lérida, 1976. Foto: AGA.
7. Clausura del XXVII Congreso del Partido Socialista Obrero Español donde Felipe González es reelegido secretario general. Madrid, 8 de diciembre de 1976. Foto: Efe.
8. Ministros de UCD: Pío Cabanillas y Fernando Arias Salgado, director de Televisión Española, 1977. Foto: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.
9. Felipe González, secretario general del PSOE, y su mujer, Carmen Romero, a la salida del colegio electoral donde depositaron su voto en las elecciones generales a Cortes Constituyentes. Madrid, 15 de junio de 1977. Foto: Efe/jt.

10. Manifestación a favor de la libertad de expresión, en la puerta del Ministerio de Cultura, en el paseo de la Castellana. Madrid, 14 de marzo de 1978. Foto: AGA.
11. Miembros del colectivo de acción no violenta se encadenan ante el Palau de la Generalitat en protesta por el consejo de guerra al que se estaba sometiendo al grupo de teatro Els Joglars. Barcelona, 1 de marzo de 1978. Foto: Efe.
12. El poeta Rafael Alberti en el momento de pasar por el control de pasaportes en el aeropuerto de Barajas, a su regreso a España procedente de Roma tras 39 años de exilio. Madrid, 27 de abril de 1977. Foto: Efe/svb.
13. El pintor Joan Miró, acompañado de su esposa y del ministro de Cultura, Pío Cabanillas, inaugura la exposición antológica de su obra con motivo de su 85 cumpleaños, en el Museo Español de Arte Contemporáneo. Madrid, 4 de mayo de 1978. Foto: Efe/yv.
14. Exposición antológica del pintor catalán Antoni Tàpies en el Museo de Arte Contemporáneo. El pintor conversa con el director general de Bellas Artes, Javier Tusell. Madrid, 29 de mayo de 1980. Foto: Efe/rba.
15. El rey don Juan Carlos entrega una de las medallas de oro al Mérito de las Bellas Artes al arquitecto canario César Manrique por el conjunto de su obra, durante un acto celebrado en el Museo del Prado. Junto a ellos, el ministro de Cultura, Ricardo de la Cierva, y el director general de Bellas Artes, Javier Tusell. Madrid, 29 de mayo de 1980. Foto: Efe/md.
16. Exposición sobre la Guerra Civil española que fue inaugurada por el director general de Bellas Artes, Archivos y Bibliotecas, Javier Tusell, en el Palacio de Cristal de El Retiro. Madrid, 21 de octubre de 1980. Foto: Efe.
17. Técnicos del Museo del Prado levantan el bastidor y el lienzo para colgar el *Guernica* en una de las paredes de la sala Lucas Jordán del Casón del Buen Retiro. Se encuentra presente el director general de Bellas Artes, Javier Tusell. Madrid, octubre de 1981. Foto: AGA.
18. El ministro de Cultura, Javier Solana, durante su visita al poeta y Premio Nobel de Literatura, Vicente Aleixandre. Madrid, 3 de diciembre de 1982. Foto: Efe/ct.
19. Cena privada ofrecida en el palacio de la Moncloa a Gabriel García Márquez por Felipe González, presidente del Gobierno, y su esposa. Entre los asistentes: el secretario del presidente, Julio Feo, la periodista María Antonia Iglesias, y el arquitecto y dibujante José María Pérez «Peridis». Madrid, 29 de diciembre de 1982. Foto: Efe/rsa.
20. El artista Andy Warhol, una de las figuras clave del arte Pop, durante el encuentro que mantuvo con la prensa en la galería Fernando Vijande de Madrid, con motivo de la inauguración de su exposición titulada «Pistolas, cuchillos, cruces». Madrid, 17 de enero de 1983. Foto: Efe/apj.
21. Cartel para el *Encuentro Cultura y Sociedad. La política de promoción sociocultural a debate*, que se celebró los días 20, 21 y 22 de diciembre de 1983 en el Palacio de Congresos y Exposiciones de Madrid. Foto: Biblioteca Nacional.
22. Para la campaña institucional de la lectura del año 1984, bajo el lema «Vive leyendo», se hicieron una serie de carteles, cada uno creado por un dibujante distinto. Este en concreto es de Chumy Chúmez. Foto: Biblioteca Nacional.

23. Viaje a Japón y China de Felipe González y Javier Solana en 1984. Foto: Ministerio de Cultura. Foto: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.
24. La cantante Alaska lee el pregón de Navidad acompañada del alcalde Enrique Tierno Galván y Enrique Sandoval, teniente de alcalde y responsable de Cultura del Ayuntamiento. Madrid, 20 de diciembre de 1985. Foto: Efe/Ramón Castro.
25. La reina doña Sofía junto al ministro de Cultura, Javier Solana, y el escultor Eduardo Chillida durante la inauguración del Centro de Arte Reina Sofía que se abría con tres exposiciones, como gran museo del siglo xx, en el antiguo Hospital General de Madrid. Madrid, 26 de mayo de 1986. Foto: Efe/Daniel Blanco.
26. Felipe González, presidente del Gobierno, y su esposa, Carmen Romero, junto al escritor mexicano Carlos Fuentes y su esposa, en el jardín del palacio de la Moncloa donde almorzaron. El escritor recibía al día siguiente el Premio Miguel de Cervantes. Madrid, 20 de abril de 1988. Foto: Efe/Barriopedro/er.
27. El ministro de Cultura, Javier Solana, el dramaturgo Antonio Buero Vallejo y el escritor Francisco Ayala, miembros del jurado del Premio de Literatura en lengua castellana Miguel de Cervantes que ese año recaía en el mexicano Carlos Fuentes. Madrid, 25 de noviembre de 1987. Foto: Efe/López Contreras.
28. Los ministros de Cultura de Francia, Jack Lang, y de España, Jorge Semprún, conversan con Javier Mariscal, creador de «Cobi», mascota de la Olimpiada de Barcelona 92, en la inauguración de Arco 89. Madrid, 8 de febrero de 1989. Foto: Efe/Ángel Millán.

PRÓLOGO

José Álvarez Junco

Confieso que cuando me presentó Giulia Quaggio su tema de investigación, me costó algún trabajo sentirme muy interesado. Por mis temas habituales de investigación y enseñanza, estoy acostumbrado a oír propuestas sobre protestas sociales, choques revolucionarios, políticas represivas... acción, en fin, movimiento y tragedia. La política cultural me sonaba, más bien, a operación fríamente planificada y pocas veces imaginativa, de dudosa repercusión en la vida social. Me pareció que, en el proceso de la llamada Transición política española, que condujo de la dictadura franquista al actual sistema democrático, quedaban por estudiar otros muchos aspectos de mayor atractivo antes de prestar atención a la política cultural.

A medida que avanzó su investigación, sin embargo, Giulia supo convencerme del interés de su tema. La política cultural fue un aspecto esencial de aquel proceso porque las divisiones españolas al morir el dictador eran tan profundas que era necesaria toda una reconstrucción del pasado colectivo que sirviera de base para una redefinición de la imagen, de la identidad colectiva, del *demos* o sujeto básico de la democracia. Esa es la operación se llevó a cabo en los años de la Tran-

sición y, tras los avatares que Giulia Quaggio estudia en este libro, culminó con un considerable éxito, al menos a medio plazo.

El descubrimiento de la necesidad de una política cultural que sustituyera a la mera «propaganda» falangista procede, en realidad, del tardofranquismo. Corrió a cargo del Ministerio de Información y Turismo, cartera creada en los años cincuenta y entre cuyos titulares destacó, ya en los sesenta, Manuel Fraga Iribarne, y en la década siguiente Pío Cabanillas, que luego sería también primer ocupante de la cartera de Cultura. Fraga hizo política cultural sobre todo a través de la difusión y el manejo de la televisión pública. Cabanillas se ganó un nombre y un espacio en esta historia gracias a la «apertura» y el «destape», que consiguieron a la vez fomentar y distraer del debate político en los momentos finales de la dictadura. Más tarde, en el quinquenio de UCD, alcanzaría protagonismo Javier Tusell, que solo ocupó la dirección general que luego se llamaría de Bellas Artes pero que hizo sombra a sus superiores, titulares del sillón ministerial, con su política de exposiciones y con la negociación que culminó en el retorno del *Guernica*.

En los años de la Transición se desarrollaron dos procesos, en principio contradictorios: por un lado, se transfirieron las competencias en materia de cultura a las Comunidades Autónomas —sin conceder gran importancia al asunto; la cultura, para los hombres del Movimiento, era «cosa de chicas»; como los floreros que adornaban las mesas donde ellos discutían de temas serios—; por otro, se creó el Ministerio de Cultura y el gobierno comenzó a desplegar una actividad política amplia y profunda en este campo. A partir sobre todo de la llegada de los socialistas al poder, se produjo un fenómeno inédito en la España contemporánea, cual fue el acercamiento del gobierno a los intelectuales; más aún, el intento de atraérselos para su campo político, por cierto, con notable éxito. Se ampliaron, además, considerablemente los recursos de Ministerio de Cultura, dedicándolos a museos, a premios literarios, a subvenciones al cine y al teatro o a la proyección exterior de la imagen cultural española. Gracias a aquellos recursos se modernizaron las infraestructuras culturales en el país: se crearon museos como el Reina Sofía, se fomentó la

gratuidad de los ya existentes y se multiplicaron las exposiciones de pintura de éxito masivo.

La convicción dominante era que se precisaba una cultura democrática, moderna y popular, que desbordase los tradicionales círculos elitistas; de ahí que se llevaran a pueblos y ciudades de provincia actividades antes consideradas de élite, replicando en cierto modo los experimentos republicanos de los años treinta bajo el nombre de «misiones pedagógicas». A la vez, en línea con lo que en la misma época hacía Jack Lang en la Francia de Mitterrand, se trataba de contrarrestar, en nombre de la defensa de la identidad europea, el dominio de la gran industria norteamericana del *entertainment*, tildada de «consumista».

Los protagonistas de la mayor parte de este trabajo fueron los dirigentes del PSOE que accedieron al gobierno a finales de 1982. Pertenecían a mi generación, la de los hijos de quienes hicieron la guerra, y por tanto la conozco bien —aunque no me refiera ahora, desde luego, a mi caso, pues personalmente me mantuve en la estricta esfera académica—. Formados en la niñez en el nacionalcatolicismo, habían vivido en su juventud un intenso clima antifranquista, alimentado por el jacobinismo leninista y el obrerismo revolucionario. De todo ello hubieron de abdicar de manera casi repentina a principios de los ochenta para adherirse a un pragmatismo a veces descarnado. Y, a la vez que se hizo preciso sustituir el proyecto revolucionario por uno modernizador, hubo que abandonar el internacionalismo para alinearse con quienes defendían la identidad nacional. Lo cual no era sencillo, porque la identidad nacional, a la luz de las tradiciones heredadas, casaba mal con la modernidad. Había que inventar una forma peculiarmente española de acceder a la modernidad; y en eso consistió la operación que este libro describe. Lo que no quiere decir, por supuesto, que fuera un proceso dirigido por algún omnisciente cerebro oculto, sino un camino recorrido a tientas, asumiendo o descartando cada resorte según su eficacia.

La dificultad política de aquel proceso se derivaba del conflictivo legado recibido de los siglos anteriores, en los que habían dominado dos representaciones de la imagen nacional radicalmente incompati-

bles: la España laico-liberal frente a la católico-conservadora; en términos culturales, el racionalismo progresista heredado de la Ilustración frente a la tradición contrarreformista encarnada en el Barroco. Pero eran tiempos dominados por aquel consenso que permitió llegar a los acuerdos políticos básicos de la Transición. Y ese mismo clima constructivo —que duró hasta el inicio de los noventa— hizo posible también la política integradora en el terreno cultural.

Podría imaginarse que aquel acuerdo cultural se limitó a reivindicar una «tercera España» que habría intentado evitar o se habría mantenido al margen de las pugnas fratricidas del pasado. Es cierto que tanto Jovellanos como Ortega o Marañón, que podrían encarnar esta vía intermedia, fueron personajes exaltados en aquellos años. Pero no bastaban, porque esa tercera vía político-cultural, con ser admirable, era tan excepcional que había que buscarla con lupa. Una política conmemorativa amplia e integradora exigía celebrar de igual forma los elementos más arraigados de las otras dos. Aunque interpretándolos, eso sí, de una manera intencionadamente no conflictiva. Se celebró, pues, a Fernando de los Ríos, pero más como liberal que como socialista. No se conmemoró en cambio a Pablo Iglesias, ni recibió ningún apoyo oficial el centenario de Marx en 1983. El cincuentenario de la Guerra Civil, en 1986, se recordó con un perfil muy bajo, sin ceremonias públicas; fractura y tragedia eran justo lo opuesto a lo que se quería recordar. Fue festejado, en cambio, el cincuentenario del congreso de intelectuales antifascistas en la Valencia republicana de 1937; no tanto por recordar la guerra como por el hecho de que intelectuales del mundo entero se habían reunido en España y para apoyar a España. Fueron igualmente homenajeados muchos exiliados, a medida que caían las fechas de sus centenarios, en especial los pertenecientes a las fracciones más cultas y moderadas del republicanismo, como los krausistas. Retrocediendo en el tiempo, se reivindicó a una figura tan conflictiva como el padre Las Casas en 1985, decisión que requirió sin duda muchas cavilaciones previas.

Esto, por lo que hace a la España liberal o de izquierdas. De la otra, tampoco se regatearon esfuerzos ni recursos para recordar los aspectos más presentables del pasado monárquico, ligado a nombres como Al-

fonso el Sabio o Carlos III. Se pasaron, en cambio, por alto los centenarios del nacimiento de Fernando VII o de la muerte de Carlos II. Nadie quería evocar la represión política ni la decadencia. Los reyes fueron recuperados como mecenas de las artes, como impulsores de la modernización o asociados a los esplendores culturales de España en Flandes o en América. Sorprendentemente, también se sumaron con aparente entusiasmo los jóvenes gobernantes socialistas a las celebraciones populares provenientes de la España barroca, pero reinterpretadas de manera que resultaran ajenas a la Contrarreforma. Se relanzaron, así, fiestas y personajes exaltados por la tradición: las procesiones de Semana Santa, la festividad del Corpus Christi o el Camino de Santiago, pero también los carnavales; santos católicos, a la vez que Carmen, los bandoleros o Goya. Problemas especiales planteó la fiesta de los toros, pero tanto las autoridades como los medios de comunicación optaron por incorporarla —*El País*, en primer lugar, que en esto se distanció radicalmente de su antecesor *El Sol*; algo pudieron tener que ver con ello las aficiones personales de Javier Pradera—.

Un aspecto especialmente importante de la nueva imagen de España era su modernidad. Ya que el pasado era conflictivo, la consigna fue fijar la vista en el futuro. Ya que la tradición española no era fácil de compatibilizar con la modernidad, había que ser posmodernos. Un artista como Miró, que había sido emblema del catalanismo antifranquista, se convirtió así en representativo de la cultura española y una obra de Tàpies sirvió de portada para el catálogo en la «Europalia» de Bruselas 85, cuando España aún no había entrado en la CEE. Andy Warhol visitó Madrid en 1986 y cuando, en esos mismos años, lo hizo también el presidente Reagan, el gobierno de Felipe González le regaló una escultura vanguardista.

A la modernidad se añadió la juventud, símbolo también de los nuevos tiempos. Miquel Barceló fue el valor emergente preferido por los gobiernos socialistas y la *movida* madrileña, símbolo a la vez de juventud y de modernidad, recibió el inequívoco apoyo oficial. Era un impulso también hacia el apoliticismo, pues no importaban tanto los valores que encarnaba o su significado profundo como sus aspectos estéticos o su atractivo para el turismo.

El máximo responsable de toda aquella tarea, y a quien cabe atribuir buena parte de su éxito, fue Javier Solana, ministro de Cultura del PSOE durante la mayor parte de los ochenta, personalidad innatamente conciliadora, con conexiones familiares con el mundo del exilio republicano moderado y amplia experiencia internacional desde sus años de estudiante. La culminación y el resumen de toda aquella trayectoria fueron los fastos del 92, cuya preparación había iniciado Solana a mediados de la década anterior: Olimpiadas de Barcelona y *Expo* de Sevilla coincidieron con la celebración del quinto centenario del viaje colombino, para el que se tardó en encontrar un nombre, tras haber caído en la cuenta de que «descubrimiento de América» no era políticamente correcto. Lo que se pretendía con todo aquel despliegue era la promoción de España y su democracia coronada como una realidad esencialmente europea y moderna, pero sin renunciar a su pasado. España era ahora un país europeo «normal», todo lo contrario de aquella España «diferente» que había vendido la propaganda turística del franquismo. Era, además, una historia de éxito: se había modernizado, había alcanzado el bienestar económico y había establecido una democracia similar a cualquier otra del mundo occidental; hasta empezaba a verse aureolada por éxitos deportivos. El cambio de imagen, en relación con la de la «Leyenda negra» o incluso con la mucho más benévola de los viajeros románticos, era espectacular. Y no hay duda de que hizo ascender al ministro Solana un peldaño crucial en su deslumbrante carrera política.

Con lo dicho basta, me parece, para convencer al lector de la originalidad y el interés del tema abordado por Giulia Quaggio. Un tema que ella trata de manera enormemente cuidadosa, a partir de una gran recolección de datos, y que argumenta de manera coherente y bien estructurada. Animo al lector a adentrarse en esta obra si quiere entender la historia de este país en aquel periodo crucial que llamamos la Transición política española.

INTRODUCCIÓN

Y es que, como ya no está mal visto eso de pastar en los predios del poder público, y como este se muestra tan propicio a favorecer el cultivo de las artes, las letras y las ciencias, se han trasladado ahora al terreno de la *cultura*, en desdichada confusión de los campos respectivos, los criterios, prácticas y artimañas de la actividad política [...]

Francisco Ayala,
«Gracias y desgracias de la política cultural»,
El País, 15 de julio de 1983

Durante mucho tiempo, la Transición española ha sido descrita en términos de modelo pacífico, rápido y ejemplar por el que un sistema político y social asume un nuevo marco democrático después de una larga dictadura. Sin embargo, escritores, cineastas, artistas, especialmente las nuevas generaciones de historiadores, están contribuyendo a una profundización, cuando no revisión, de esta lectura a través de recientes estudios y obras de arte que no contrabandean ni las luces, ni las sombras, ni los rasgos contradictorios del proceso.

Más aún, al calor de las nuevas corrientes de protesta ciudadana, como el Movimiento 15-M, y en medio de la recesión que sigue afectando hoy a España, agravada por una serie ininterrumpida de escándalos financieros que parecen socavar los cimientos económicos, pero también políticos y morales de la nación, afloran grietas en la valoración de un proceso democratizador elogiado, en su momento, por una amplia mayoría. No faltan análisis, un tanto simplistas

en su planteamiento, que han querido ir más lejos, descubriendo, con un propósito tal vez catártico, el origen de todos los males que nos aquejan en la cultura política surgida durante la Transición, vista como opaca, jerarquizada, uniformizadora, mercantilizada y ya inevitablemente oxidada desde la perspectiva actual.

Suele suceder, sin embargo, que la realidad se demuestra mucho más compleja que cualquier corsé conceptual, por muy original y sofisticado que sea este. Así, los referidos análisis parecen contemplar el pasado con los turbios ojos del presente y olvidan que fue entonces cuando se tuvo que combatir el virus del franquismo, cuya derrota final solo fue posible por medio de incontables sacrificios y, en el campo que nos ocupa, gracias también a la colaboración de grandes artistas, intelectuales y, más en general, mediante el extraordinario poder comunicativo de las obras de arte. Pero, precisamente por eso, hoy más que nunca, teniendo presente el valor y el esfuerzo de muchos ciudadanos españoles por legar a sus hijos un futuro en el que pudiesen vivir en democracia y libertad, es necesario hacer *tabula rasa* de los tópicos y estereotipos enfrentados. Una indagación semejante solo puede llevarse a cabo asumiendo la honestidad intelectual de la investigación científica y partiendo de la base de los documentos de archivo. En efecto, las hemerotecas y los archivos nos surten con un fondo cada vez más amplio y accesible, por grandes que sean, al mismo tiempo, las dificultades y obstáculos que la propia historia del presente de suyo comporta.

Lo que pretende humildemente este libro, así pues, es modificar el ángulo de investigación, analizando el proceso democratizador español desde el privilegiado prisma que nos concede la cultura o, por mejor decir, viéndolo desde la óptica de la gestión política que los distintos gobiernos hicieron de la cultura. Pensamos que la relación problemática que se establece entre política y cultura durante la Transición está todavía sin explorar de manera rigurosa. Es bastante raro, teniendo en cuenta que tanto la sociología como la teoría política sí que han mostrado un cierto interés por los procesos culturales de algunos países de Sudamérica, especialmente Chile y Argentina, o Europa del Este, que han vivido transformaciones políticas comparables a la experiencia española. Ahí están las investigaciones de

Óscar Landi, Néstor García Canclini, Manuel Antonio Garretón o Ana Wortman para demostrarlo¹.

Expliquémoslo bien: el estudio de la cultura en la Transición ha producido en España numerosas monografías sobre campos concretos. Sobre cine, por ejemplo, o sobre literatura, teatro, arte, incluso, aunque en menor medida, sobre el papel de los intelectuales ante el cambio político. En cambio, se echan en falta estudios sobre políticas culturales llevadas a cabo por el Estado español en las diferentes fases del periplo seguido hasta la entrada en el puerto de la democracia, incluyendo en dicha travesía la difícil maniobra de atraque, que duró años. Así que el objetivo del presente trabajo es el de reflexionar sobre el papel social que la política cultural gubernamental tuvo a la hora de transmitir e incentivar una Transición culminada con éxito y fundada en la reconciliación antiideológica de las diversas sensibilidades políticas.

La política cultural, ciertamente, asumió un rol fundamental en la socialización de los españoles, entendiendo por tal la voluntad de transmitir los valores democráticos consagrados por el nuevo Estado. A tal fin, las autoridades no dudaron en dar a conocer o propagar nuevos modelos y ejemplos de intelectuales u obras de arte mediante exposiciones, creando instituciones culturales específicas, o, en definitiva, a través de un calculado programa de conmemoraciones oficiales.

¹ Por ejemplo, entre las muchas referencias bibliográficas posibles: Manuel Antonio Garretón, Saúl Sosnowski, Bernardo Subercaseaux, *Cultura, autoritarismo y redemocratización en Chile*, Fondo de Cultura Económica, Santiago, 1993; Manuel Antonio Garretón, *La faz sumergida del iceberg. Estudios sobre la transformación cultural*, CESOC, Santiago, 1994; Ana Wortman, *Políticas y espacios culturales en la Argentina. Continuidades y rupturas en una década*, Eudeba, Buenos Aires, 1997; Óscar Landi, «Cultura y política en la transición a la democracia», *Nueva Sociedad*, n.º 73, julio/agosto 1984; Óscar Landi, «Campo cultural y democratización política», en Néstor García Canclini, *Políticas culturales y crisis de desarrollo en América Latina*, Grijalbo, México, 1987. Para el caso de Europa del Este: Nada Švob-Đokić, «Cultural Contexts in Transitions Processes», en AA.VV., *Cultural Transitions in Southeastern Europe*, Culturlink Network, n.º 6, Zagabria, 2004, pp. 7-18 [en línea: <http://www.culturelink.org/publics/joint/cultid06/index.html>].

Ha sido habitual incluir la política cultural entre las actividades secundarias de un Estado, una esfera que sería accidental respecto a otros ámbitos gubernamentales, apenas coloreándolos, adjetivándolos. La política económica, la política militar o la política exterior representarían, entre otros, los órdenes de actuación «serios» de la política, aquellos que afectarían de forma directa la vida de los ciudadanos. Nuestra investigación se propone rescatar una esfera administrativa infravalorada con demasiada frecuencia hasta convertirla en una importante categoría que ha determinado, y a su vez ha sido determinada, por el desarrollo del proceso de democratización.

No resulta sencillo definir el concepto de política cultural. «Política» y «cultura» se compenetran en su pluralidad semántica. Si, por un lado, esa unión contiene la idea ilustrada de cultura como forma especial de civilización, del otro conserva la noción romántica de cultura como configuración del espíritu y de la identidad de un pueblo². Según la definición de Toni Bennett, el estudio de la política cultural implica el análisis de los instrumentos (legales, administrativos, económicos) mediante los cuales los gobiernos organizan los recursos culturales de un país en base a específicos objetivos simbólicos, económicos y sociales³. También en España la política cultural ha seguido un determinado camino de institucionalización, ligado en la mayor parte de los casos al mecenazgo de la monarquía. De manera que la política cultural le ha servido históricamente al Estado español para exhibir una peculiar forma de poder y crear un tejido social estratégico por medio del cual los propios ciudadanos pudiesen consumir los productos artísticos y culturales bajo determinadas claves interpretativas⁴.

El arte y las manifestaciones del intelecto se convierten, para los gobiernos, en medios indirectos de comunicación, elementos exclu-

² Emiliano Fernández Prado, *La política cultural. Qué es y para qué sirve*, Gijón, Trea, 1991.

³ Toni Bennett, «Cultural Policy», en *International Encyclopedia of the Social & Behavioral Sciences*, Londres, Elsevier, 2001, págs. 3092-3097.

⁴ Lluís Bonet e Emmanuel Négrier, *La politique culturelle en Espagne*, París, Broché, 2007.

sivos de distinción y compensación social y psicológica para la población. Además, con la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948, las políticas públicas dirigidas a la cultura se transformaron en un elemento imprescindible en las agendas de los Estados democráticos tras la Segunda Guerra Mundial y, sobre todo, después de las protestas y transformaciones culturales que fueron tomando cuerpo a finales de los años sesenta.

Tradicionalmente, en España, la política cultural no ha dependido de un solo organismo, sino que ha estado diseminada en diversas instituciones, no limitándose a los organismos públicos que poseen el epíteto cultural. Tanto el Ministerio de Educación como el Ministerio de Exteriores, por ejemplo, representan instituciones gubernamentales que generan acciones relacionadas con la cultura española. Este trabajo, sin embargo, se centra en el Ministerio de Cultura y en sus transformaciones, cambios que nos dan una idea de la variable concepción gubernamental del papel a desempeñar por la cultura durante la Transición, así como de las políticas culturales desarrolladas por el ministerio con objeto de acompañar el proceso político en la línea de un peculiar modelo fundado en la voluntad de diálogo⁵.

Urfalino se ha referido directamente a la invención de la política cultural en la Quinta República francesa con la fundación del Ministerio de Cultura por el gaullismo. La introducción de un ministerio que, de forma explícita y exclusiva, se dedicó a financiar y tutelar la producción artística y cultural indicaría, de hecho, la voluntad de poner en circulación una nueva forma de intervención pública, la cual, separada ya de las políticas educativas, se manifiesta en el objetivo de democratización del arte y la cultura. En este sentido, no sorprende que el nacimiento, en España, del Ministerio de Cultura, instituido en 1977, sea un producto genuino de la transición posfranquista a un nuevo régimen democrático.

⁵ Juan Arturo Rubio Aróstegui, «Génesis, configuración y evolución de la política cultural del Estado a través del Ministerio de Cultura (1977-2007)», *Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas*, vol. 7, n.º 1, 2008, págs. 55-70.

¿Cómo se gestionó la relación entre Estado y cultura antes de la restauración de la democracia parlamentaria? ¿Y cómo se gestionó, a continuación, durante la senda de normalización? ¿Qué novedades, qué inercias se pueden descubrir? ¿Puede ser la política cultural un instrumento decisivo con cuyo recurso un Estado esté en condiciones de desarrollar y consolidar la democracia?

Intentaremos responder estas y otras preguntas, analizando, bien la política seguida en relación con la alta cultura, esto es, la política que gestiona los productos artísticos y culturales de alto nivel y que está a disposición de un restringido círculo de ciudadanos, mostrándose capaz de reforzar el prestigio general de una nación; bien la política cultural popular, es decir, el conjunto de actividades que los gobiernos planifican con objeto de divulgar entre el pueblo formas masificadas y folclóricas de cultura, pero también para que las grandes obras de la tradición cultural del país devengan accesibles al mayor número de ciudadanos.

La política cultural utiliza el mundo artístico e intelectual como instrumento para otro tipo de finalidades, más allá de motivos pragmáticos de protección y rehabilitación del patrimonio cultural. De hecho, la dimensión inmaterial de una política cultural como «ornamento» y «representación» contribuye, aunque indirectamente, a hacer más efectivo el orden social que se pretende promover⁶. Este discurso es todavía más válido si nos referimos al difícil momento que supone el tránsito desde estructuras políticas autoritarias a otras de naturaleza democrática. Para John Stuart Mill, los sistemas democráticos se basan en la existencia de un sentimiento común: la política cultural, en esta concepción, tiene que contribuir a apuntalar tal sentimiento de recíproca solidaridad en el que se funda la democracia.

No es casualidad, entonces, que en el caso de España se pueda hablar, como ha escrito José Carlos Mainer, de «una cultura de la Transición pero también de una Transición vivida como cultura». Con este aparente juego de palabras se intenta reflejar el hecho de

⁶ Toby Miller y George Júdice, *Política cultural*, Barcelona, Gedisa, 2004.

que las políticas culturales y lo que denotaron llegaron tanto al líder político como al ciudadano común. La propia palabra cultura, en su acepción más amplia e indeterminada, ocupó una posición omnipresente durante la Transición, como indicador tanto del nivel de libertad alcanzado por los españoles como de la respectiva deslegitimación de las instituciones franquistas. La cultura se convirtió, contradiciendo parcialmente a quienes hoy critican la Transición, en un símbolo de reapropiación de la escena pública y los derechos civiles⁷.

Nuestro análisis, por lo demás, relaciona la senda de distanciamiento respecto de la política cultural franquista, asentada en la negación del valor mismo de las artes y el intelecto y en su represión, con el complejo proceso de modernización de la sociedad española. En efecto, esa larga travesía, iniciada en torno a 1910, había sido interrumpida con el desastre de la Guerra Civil, y solo empieza a poder retomarse, con timidez, a partir de los años sesenta.

Esta es probablemente una de las razones por las cuales los gobiernos españoles, durante la Transición, optaron por una política que exaltó las vanguardias del siglo xx, la contemporaneidad artística y todos aquellos autores que durante el franquismo, a partir de la década de 1950, habían conseguido sintonizar con el resto de Europa, sin incurrir en posiciones extremas a nivel ideológico aunque oponiéndose con determinación a las limitaciones morales de la dictadura. En un proceso muy distinto, por fijarnos en otro ejemplo cercano, al vivido en Portugal, donde, tras la Revolución de los Claveles, se impuso durante los primeros años revolucionarios de la nueva etapa democrática (1974-1975) una política cultural basada en la ruptura completa con el pasado y en la retórica antifascista y popular del Partido Comunista, purgas y listas negras de intelectuales fascistas incluidas⁸.

⁷ José Carlos Mainer, «La cultura de la transición o la transición como cultura», en Carmen Molinero, *La Transición treinta años después. De la dictadura a la instauración y consolidación de la democracia*, Barcelona, Península, 2006, pág. 153.

⁸ Robert M. Fishmann, Omar Lizardo, «How Macro-Historical change Shapes Cultural Taste. Legacies of democratization in Spain and Portugal», *American Sociological Review*, vol. 78, 2013, pp. 213-239.